

De la mujer pasé al marido, ó mejor dicho, el marido fué el que vino á mí para llevarme al salón próximo llamándome querido amigo en alta voz y familiarmente, gesticulando y hablándome de París.

— Le conozco á fondo, me decía, puesto que he pasado en él muchos años antes de mi matrimonio. Pues bien; lo digo sin rodeos, á pesar del cariño que tengo por el Mediodía, creo que es la única población del mundo en que puede uno distraerse.

Resuelto como estaba á arrancarle confidencias, respondí con la mayor naturalidad:

— Efectivamente, tenemos muy buenos paseos durante el día y espectáculos variados para la noche.

— Si no fuese más que eso, dijo el Conde, tenéis otras cosas.

— ¿Cuáles?

— Mujeres encantadoras, amigo mío, como no se encuentran en ninguna parte ni aún en el mismo Tolosa: mujeres extraordinarias, la flor y nata.

— Pero estas mujeres para vos que sois casado encierran fruto prohibido.

— Prohibido, lo confieso; pero esto mismo hace que sea más sabroso.

— ¿Y qué sabéis de ello? porque imagino que no le comeréis.

— No, de ninguna manera, dijo socarronamente y sin convicción, como tratando de persuadirme; vivo del pasado y de mis recuerdos, que los tengo buenos y que ima-

gino también haber dejado. No tengo un gran mérito, añadió con fingida modestia, pero vosotros los parisiens no mimáis mucho á las mujeres. Si las convidáis á comer os contentáis con darles lo usual, uno ó dos platos, mientras que con nosotros hay muchos más platos, sin contar los entremeses.

Al llegar aquí se echó á reír de una manera estrepitosa por este rasgo de ingenio que le pareció del mejor gusto.

Esperé que concluyera para decirle :

— ¿Sois así todos los del Mediodía?

— No ; algunos solamente, dijo acariaciando su barba.

Empezaba á conocer á mi hombre. Le hubiera sido fácil vanagloriarse de su gran fortuna, de su nombre y de su título, y sin embargo, era muy modesto respecto de todo ello, para poner más de relieve todas sus ventajas físicas, estimando únicamente su estructura, sus músculos, su barba y sus cabellos de Sansón antes de caer en manos

de Dalila. Siguiendo una expresión vulgar, pero que interpreta muy bien mi pensamiento, podía decirse que era demasiado *macho*. Estos tipos son muy frecuentes en el Mediodía donde se aprecia mucho la hermosura masculina, porque se ha conservado allí más que en otras partes. Se tiene tan en cuenta la fuerza física que ya piensan en edificar nuevos circos para combates de atletas. Con frecuencia se encuentra algún joven que sonríe de una manera desdenosa cuando se le habla de Hércules y de sus doce trabajos.

Arrastrado por el turbión de sus recuerdos, lanzado en la pendiente de sus proezas, no reparaba en nada el Conde. Se hubiera creído al escucharle, que todas nuestras parisienses, las más hermosas y las de más fama, se habían enternecido á su vista proclamando sus hazañas, y que él las había amamantado á todas bajo su robusto amor. Aproveché un momento en que se detuvo para tomar aliento, y le dije :

— Supongo que vuestra esposa no habrá tenido conocimiento nunca de esas aventuras ni de esos triunfos. Habréis sido discreto.

— ¿Y por qué había de serlo? Entonces era yo soltero, y era, por lo tanto, dueño absoluto de mis acciones.

¡Se había vanagloriado de ello delante de su mujer! Para esto era menester que estuviera muy seguro de sí mismo. ¡Qué hombre! Pero mi admiración no estaba exenta del todo de un poco de celos, porque no pude remediar el decirle :

— Muy feliz sois por haber tenido bastante suerte en tan buenos sitios. Yo, por mi parte, me veía reducido con mucha frecuencia á contentarme con el desecho de la galantería.

— ¡Ta! ¡Ta! dijo riendo con ganas y enseñando sus blancos dientes, cuya blancura resaltaba más sobre su negro bigote, tampoco miro desdeñosamente esos desechos, que también tienen sus encantos. No

os quiero ocultar que más de una vez me he deslizado por los pasillos de los teatros y hasta me voy á permitir la confianza de deciroslo, puesto que sois hombre capaz de comprenderme, que algunas veces me he aventurado á penetrar en ciertos asilos misteriosos á la moda, tales como los de Baronne, Valence, y Lareine.

Me estremecí. ¡Conocía á Lareine! ¿Habría sido capaz de llevar su charlatanería hasta el extremo de hablarle de ella á su mujer?

Esto no debía preguntárselo. Pero este nombre, pronunciado de repente en medio de nuestra conversación, me sugirió la idea de esclarecer un punto importante y precisar una fecha.

Como él se dignaba ya ocuparse un poco de mí, después de haberse ocupado tanto de sí, se felicitaba en términos muy expresivos por haberme conocido :

— ¿Estáis seguro, le dije, de que es hoy el primer día que tenemos el gusto de vernos?

Me parece que os he visto en alguna parte. Hace un momento, cuando os estaba oyendo, me decía si habría sido el invierno pasado en un gran baile de beneficencia que se dió en el Hotel Continental. Conservo este recuerdo, porque aquel día me ocurrió una aventura que será memorable en mi vida. Esperad, puedo deciros con seguridad la fecha. Fué el 27 de Enero último.

Tenía mis razones para decir esta fecha en lugar de la de 26 que fué el día en que encontré á mi desconocida en casa de Lareine.

Reflexionó un momento y me respondió :

— Os equivocáis. En efecto, me acuerdo que pensé ir al baile de que habláis; pero la mañana del día en que debía verificarse, la Condesa sintió de repente un invencible horror por Paris, queriendo volverse inmediatamente al Mediodía, á nuestra casa. Como no sé negarle nada, di orden de ha-

cer el equipaje y nos marchamos en el express de aquella tarde.

— ¿Y estáis bien seguro de que vuestra marcha fué el 27?

— Completamente seguro. La vispera, precisamente, había celebrado la fiesta de Santa Paula con una antigua amiga llamada así, y si queréis podemos ver el calendario para que os convenzáis de que dicho santo cae en 26 de Enero.

— ¡Cómo! ¿De esa manera festejáis las santas de otro tiempo?

— Lo hago únicamente con las que han dejado alguna huella en mi vida. Practico la religión del recuerdo.

— ¿Y á qué hora las presentáis vuestras ofrendas quemando vuestro incienso? ¿Durante el día, por la noche ó más tarde?

— ¡Oh! Por la noche únicamente, por la noche. A las doce próximamente estaba en casa de vuelta.

— Donde la Condesa estaria aguardándoos impaciente.

— Nada de eso. Había ido al teatro con una amiga, y hasta creo recordar que fué después que yo.

La instrucción del proceso que estaba instruyendo por mi cuenta sin estar nombrado por el procurador de la República, adelantaba rápidamente. Obtenía todas las informaciones que eran necesarias para poner la causa en estado de fallarse pronto. El testimonio que el marido suministraba de la inculpada era concluyente. ¡En lugar de buscar alguna disculpa para su mujer, afirmaba, por el contrario, de una manera explícita, si no la presencia de ella en la casa en que se había cometido el crimen, la posibilidad al menos de encontrarla por sus alrededores en el día y á la hora que se deseaba!

Esta deposición parecía también indicar que atormentada por la idea de poder encontrarse frente á frente de su cómplice que trataría de intimidarla ó quizás hablar más de lo conveniente, la acusada había

abandonado á Paris precipitadamente yéndose á refugiar á sus posesiones.

A estos terribles cargos iba muy pronto á agregarse otro suministrado por el marido, que me apresuré á presentar contra su mujer, como debe hacer todo juez buen instructor.

Seguíamos hablando, cuando nos volvimos al salón de baile para buscar á la condesa X... que manifestó deseos de retirarse, dirigiéndonos los tres al guardarropa porque mi nuevo amigo no quería que les abandonase.

En los países montañosos sucede con mucha frecuencia, que la temperatura varía bruscamente al llegar la noche. Al viento del Mediodía que viene de España reemplaza una brisa demasiado fresca, que se parece mucho á un *mistral* templado.

— No estáis bastante abrigada, dijo el conde X... á su mujer, poniéndole sobre las espaldas un abrigo de verano que habían entregado los empleados del guardarropa.

— No creía, dijo ella, este cambio de temperatura.

— Yo sí, querida mía, por eso os advertí que tomáseis precauciones.

— ¿Qué queréis? No se me ocurrió traer los abrigos al venir á Luchón.

— Vuestros abrigos no hacían falta; pero no había ningún inconveniente en que hubiéseis traído vuestro hermoso abrigo de satén negro con capuchón, que llevábais este invierno en París. Ya dije á vuestra doncella que le pusiera, pero no quisísteis sin saber por qué razón y ahora tendréis frío.

Las razones que él no conocía, me parecía que yo las adivinaba : la Condesa sin duda se había acordado de que con él era como yo la había visto la primera vez, y renunciaba á llevarle desde que me había encontrado.

Le ofrecí el brazo para ayudarla á subir al carruaje y me despedí de ámbos.

## XXII

Al día siguiente, en lugar de dedicarme á esa distracción tan conocida y tan agradable para los bañistas que no se bañan, de inspeccionar los establecimientos en que se bebe y tratar de ver por la rendija de una puerta entornada la piscina de las señoras; estudiar la graciosa manera que tiene de gargarizar una bonita garganta; pasearme por la hermosa explanada llena de tulipanes que está enfrente del establecimiento termal; dar vueltas por la orilla de aquel

lago en miniatura; llegar hasta la Fuente del Amor, bajo las frescas sombras del Bosque, ó hasta la alameda de las Viudas ó de la Pique, para saludar á una hermosa joven que coquetea en las gradas de la Villa Raphael; comprar porcelanas ó figuritas en el bazar Vidis; ir á comer la especialidad del Chalet d'Amour ó engolfarme en la alameda de los Suspiros en persecución de alguna aragonesa vestida en traje nacional; en lugar, en fin, de dedicarme á cualquiera de estas distracciones, pedí un carruaje, y metiéndome en él dije al cocheró que me condujese á Saint-Beat.

Tratándose de paseos, la única dificultad que se presenta en Luchón es la de la elección, aunque se trate de largos ó de cortos. En ningún país del mundo se encuentran tantos hermosos caminos, de tan variado y pintoresco aspecto. Pero el de Saint-Beat tenía sobre los otros una preciosa ventaja para mí aquel día; es perfectamente llano, y puede pasar por él un coche desde el

principio hasta el fin, sin que haya bruscas paradas ni accidentes de terreno que pudiesen distraerme en mis pensamientos ni interrumpir la meditación á que quería entregarme.

Solo, medio recostado en el fondo del carruaje, y con las piernas apoyadas en la banqueta de adelante, pensaba únicamente en la condesa X... como puede suponerse sin que yo lo diga.

Después de todo, decía para mí, ¿por qué esta terquedad en mis investigaciones, y tanto empeño en querer que la mujer de hoy sea la mujer de entonces? Esta última que he encontrado, ¿no es tan hermosa como la primera, tan completa y tan perfecta? ¿No son iguales sus caras? Si me engaño, si no he encontrado la misma boca, la verdadera, ¿no es esta otra completamente igual? ¿No me causa las mismas emociones? ¿No despierta en mí los mismos deseos? ¿No es mejor entonces, continúe desarrollando mi idea, dedicarme á esa

hermosa boca de mujer honrada, principal y Condesa, que empeñarme neciamente en la eterna persecución de una boca que se vende, encontrada por casualidad en casa de Lareine, y que probablemente habría perdido ya toda su frescura?

Sí, esto es indiscutible. Pero con la antigua boca estaba yo ligado no tan íntimamente como yo hubiera querido, pero sí lo bastante para que nuestras relaciones pudieran estrecharse más. Gracias á los recuerdos del pasado que habría evocado, me podría ser más fácil preparar el porvenir. Una boca á quien acaba uno de ser presentado, que no ha dicho nada todavía, permanece reservada, vacilando para hablar y abrirse; pero una boca que se ha entreabierto ya, está próxima á hablar, y es posible que llegue á ser elocuente si se la obliga. Tenía, pues, interés evidente en encontrar mi antiguo conocimiento.

Pues bien, ¿no le había encontrado? ¿No debía satisfacerme su completa semejanza,

aun cuando no poseyera las demás pruebas que había adquirido el día anterior?

Sin duda alguna, pero entonces era necesario volver á empezar mi estudio, que estaba muy lejos de llegar al fin. Hasta ahora únicamente había obtenido pruebas puramente materiales y los indicios morales se me ocultaban, ó mejor dicho, deponian en favor de la acusada: su fortuna, su rango, su nacimiento distinguido, su educación, su cariño conyugal, sus buenos antecedentes. Pero lo que desconocía por completo, lo que yo buscaba, la causa determinante del crimen, el móvil del mismo.

¿Dónde podría encontrarse? Lo había buscado en otra época, aunque mis razonamientos eran hipotéticos. « Si mi desconocida, decía yo, es una mujer de clase, ¿qué razón ha tenido para ir á casa de Lareine? Ahora me encontraba con la condesa Gabriela de X... perfectamente conocida y llena de vida, y debía por lo tanto hacer otros razonamientos.



Cuando los hice, tuve que llegar á las mismas conclusiones :

El movil de crimen no pudo ser el dinero, esto era inadmisibile. ¿Una curiosidad liviana, una aberración quizás, el vicio por el vicio mismo? Esto era todavía más improbable tratándose de una mujer de su edad. Mujeres hay que después de haber visto mucho y ser muy hechas, casi deshechas, quieren ver más : estudian, hojean libros y caen en el vicio. Pero una mujer joven, por muy precoz que sea en su depravación, no lleva tan lejos su antojo. Llena de timidez, vacilante y retenida por un último resto de pudor, se queda al borde del abismo sin llegar á él.

¿Los celos, la pasión, la frenética necesidad de vengarse de un marido infiel? En este caso, si la venganza se realiza en secreto, no venga nada; si se hace pública, trae consigo la separación, y los dos esposos saben á qué atenerse. ¿Por el deseo de tener un hijo? Sea, pero ¿con qué objeto?

¿Para defraudar los legítimos herederos del marido? Ya había pensado esto en otra época, pero ahora no podía fijarme en ello : esto podía ser tratándose de una mujer joven y pobre, casada con un hombre anciano; pero tratándose de la condesa de X..., rica por sí misma, y mujer de un hombre joven que no tenía trazas de morir, ora imposible. ¿Acaso con el único pensamiento de saborear los placeres de la maternidad? La que tiene un alma que aspira á semejantes goces, no es capaz de rebajarse tanto. Además, una mujer que hace dos años solamente está casada, ¿puede haber perdido la esperanza de tener hijos amándola su marido, y amándole ella?

Al llegar á este punto me detuve. Me parecía que era necesario reflexionar un poco más, antes de hacer ninguna deducción. Esa mujer tan distinguida, de un talento tan original, verdadera parisién hasta el día de su matrimonio, podía, según se decía, amar verdaderamente á su marido, un

provinciano que no tenía más que un mal baño de París, un hombre infatuado con su persona y con una hermosura que en realidad no tenía? No. Seguramente este marido lastimaba todas sus delicadezas. Ella por su parte había debido soñar unos amores en armonía con sus gustos, á la altura de su talento, y que fueran completamente ideales. Pero ¿habría ido entonces á buscarlo á casa de Lareine, donde no se puede pensar más que en satisfacer los apetitos materiales? Bajo este punto de vista, ¿no era su marido todo lo que ella necesitaba?

Al llegar á este punto, reflexioné un poco; pero como mi cochero se había parado delante de la mejor posada de Saint-Beat, bajé del coche.

## XXIII

Era medio día. El aire puro que estaba respirando hacia dos horas, durante mi rápida carrera, el viento que de las montañas vecinas azotaba mi rostro, y quizás también mi largo monólogo, me habían despertado el apetito. Entré en la hospedería, y pedí que me sirvieran de almorzar en aquella pequeña azotea, que es tan conocida de los viajeros, situada sobre el torrente, y enfrente de la pradera.

Acababa de sentarme á la mesa, cuando